

A l'avia Nita,
perquè al cel no hi ha malalts.

Los imprescindibles.

La abuela de Anna murió cuando ella tenía seis años. Su padre entró en su habitación una mañana de marzo y le dijo, con una voz entrecortada y una mirada triste que se había muerto. Su madre le dijo que era mejor así, que había dejado de sufrir. Anna sabía que desde hacía semanas su abuela no podía levantarse de la cama, y que ella no podía entrar en su habitación, pero nunca pensó que sufriera. Anna preguntó a su madre si en el cielo la abuela estaría enferma. Su madre le contestó dulcemente que no, que en el cielo no había enfermos. Anna se alegró por ella y se imaginó a su abuela en el cielo, con las nubes, joven y sonriente, como en las fotos en blanco y negro que su abuelo le enseñaba a veces.

Desde que Anna era pequeña, todo el mundo le decía que se parecía a su abuela, y cuando creció, hasta su abuelo a veces le cambiaba el nombre. A ella le gustaban ese tipo de comparaciones, pues casi había conocido más a su abuela por lo que le contaban de ella que por ella misma. Y debía ser una persona muy especial. Todo el mundo hablaba bien de ella. Decían que era la bondad en persona. Anna había heredado el color de su pelo, la piel blanca e incluso un defecto visual congénito. La abuela de Anna no siempre había estado enferma, aunque ella siempre la conoció así. Tenía una enfermedad llamada Parkinson. Anna no sabía muy bien que la causaba, pero por desgracia conocía las consecuencias. Anna se había acostumbrado a vigilar a su abuela cuando, a duras penas, salía a pasear por el jardín. A llamar a alguien cuando le parecía que iba a caer. A comer en la mesa pequeña, delante del sofá porque a su hermano le daba asco ver a su abuela comer, pues su madre nunca negó a su abuela el derecho de comer en la mesa, con el resto de la familia. A traerle la comida, a vigilar que no le cayera del plato. A no preocuparse por sus temblores ni sus gemidos inteligibles, que a veces eran muy fuertes. A muchas cosas que para ella eran normales, pero que con los años se dio cuenta que la gente desconocía.

12 de junio de 1997

Mi abuela tenía Parkinson , y murió cuando yo tenía solo 6 años. Tenía dificultad con el habla, y esa dificultad se acentuó con el tiempo. Yo siempre hablaba con mi abuela, aunque no entendiera siempre lo que me contestaba. Imitando lo que hacía mi madre, cada día, al volver de la escuela le contaba a la abuela lo que había hecho, lo que había aprendido, los juegos a los que había jugado. Yo había aprendido a notar, en su cada vez más inexpresiva cara, su alegría. De alguna manera sabía que me escuchaba, y sobretodo, que me entendía. Una vez, me puse enferma. Es mi recuerdo favorito. Mi madre sentó a mi abuela al lado de la cama, en una butaca azul. Y nos dejó solas. Se fue a recoger a mi hermano al colegio. Ella hizo un esfuerzo y me contó un cuento. Un cuento sobre una niña que se llamaba Anna y que salía a pasear y a recoger flores. Yo la escuché embobada y todo el miedo que tenía a quedarme sola con ella, se fue. Cuando mi madre regresó nos encontró a las dos dormidas. Siempre he pensado que es el cuento más bonito que me han contado, no por el argumento, sino por lo que fue capaz de trasmitirme, y por lo que yo fue capaz de comprender. Aquel día me di cuenta que las palabras sólo son un papel donde envolvemos sentimientos que queremos que lleguen a la persona con la que hablamos. Quizás por eso me gusta contar cuentos, quizás por eso me gusta leer cuentos o quizás por eso me gusta escribirlos.

Hoy nos lo han confirmado. El médico le ha diagnosticado Parkinson a mi padre. Estamos todos destrozados. Sabemos que la medicina ha avanzado mucho y que mi padre tiene 52 años y no 30 como tenía mi abuela cuando le detectaron los primeros síntomas. Lo llevaremos a un especialista, pero todos sabemos que no hay cura, que quizá la haya en un futuro, o una mejora espectacular, pero ya hemos visto un final, y no aceptaremos el mismo otra vez sin agotar todas las posibilidades. De hecho, ya hacía tiempo que la sombra de la evidencia habitaba en nuestros corazones. Los primeros tropiezos, aquella expresión en la cara, la mirada. Nadie lo decía, aunque todos lo sabíamos. Ha sido un año muy duro. Nunca hablé con tanta dureza a mi padre, y no creo que lo vuelva a hacer nunca. Alguien tenía que obligarle a ir al médico. Él no quería aceptarlo.

Anna estuvo tres días encerrada en casa sin querer salir. Nada le importaba. Su padre no se lo merecía, y no podía evitar preguntarse el porque. Al cabo de poco, ella y su familia empezaron a luchar. No podían estar compadeciéndose eternamente sin hacer nada. Fueron al especialista, empezaron las pruebas, las medicaciones. Anna aprendió a no llorar delante de su padre, a que no se le notara que se le partía el corazón en mil pedazos cada vez que notaba su deterioro, cada vez que su padre no podía hacer las cosas que siempre hacía. Cada vez que dejaba de ser él, aquel padre que de niña la sentaba en su regazo y le dejaba probar un poco de gaseosa con vino cuando su madre no miraba. O aquel hombre preocupado y estricto con la hora de volver a casa cuando era adolescente. Su padre dejó de usar camisas, no podía hacerse los botones o tardaba demasiado, y se ponía nervioso. En casa, intentaron facilitarle en lo posible las cosas para que no perdiera autonomía. La gente empezó a darse cuenta, en su manera de andar, en su manera de hablar de que no estaba bien. La gente sentía pena y lo trataban de manera distinta. Siempre le preguntaban cómo estaba. Ellos no sabían que el padre de Anna igual tenía problemas motores, pero su cerebro estaba perfectamente bien como para darse cuenta de todo y no querer aceptar la compasión de nadie, simplemente porque no la necesitaba. No estaba muerto, ni en fase terminal. Aun así, empezó a recluirse en casa, no quería comer en público. A nadie le gusta que le tengan pena, y mucho menos por cosas superficiales. Anna se guardaba las ganas de gritarle a todo el restaurante que dónde estaba escrito que los macarrones deben ser comidos con un tenedor. Su padre se los comía con cuchara. Si no se tiene la precisión suficiente, es mucho más útil. Su madre se dio cuenta un día que su padre utilizaba un tenedor a modo de cuchara. El mundo se volvió más difícil para el padre de Anna, tenía que invertir más tiempo en cosas que antes hacía sin pensar, sin saber que invertía tiempo en ellas, pero eso no evitaba que continuase haciéndolas.

Con las dificultades, frustración. Y más problemas, que no siempre eran los mismos. Y con los que había de luchar cada día, con la misma fuerza, aunque no se supiera dónde encontrar una solución inmediata.

19 de Marzo 2004

Me llamo Anna y tengo 26 años. Mi padre está jugando con mi sobrinita. Ella apenas tiene un año y medio. Es la felicidad en persona, siempre está riendo. Mi padre está enfermo, tiene el síndrome de Parkinson pero aun es capaz de jugar con ella. Aun es capaz de hacer muchas cosas. No puede cogerla en brazos, no tiene suficiente fuerza ni equilibrio, pero si sentarse a su lado. A mi sobrina nadie se lo ha contado, pero ella lo sabe, sabe que su abuelo es diferente. Pero no lo mira con pena ni compasión. Ella se queda mirándolo a los ojos y le habla, más que a cualquiera de nosotros que no sean sus padres. Aun no entendemos el papel en el que envuelve todas sus palabras, pero todos recibimos el mensaje. La cara de mi padre habla. Él también lo recibe. Está contento, ella no le tiene pena. Juega con él igual que jugaría conmigo. Aunque, de vez en cuando, cuando le acaricia y le besa, lo hace con una dulzura y suavidad sobrecogedora. No puedo evitar pensar que entre ellos hay una conexión diferente. Una conexión que nosotros no entendemos porque quizás ellos ven las cosas más simples que nosotros.

Seguro que mi sobrina recordará muchas más cosas de su abuelo que yo de la mía. Y me alegro. Y posiblemente ella no echará de menos al hombre que fue antes. Y mejor. Quizás porque mi padre no está tan mal, quizás porque ya sabrá de él lo suficiente. Lo habrá visto suficientes veces contento y feliz, a su lado. Estar enfermo no evita ser feliz, sólo lo pone un poco más difícil.

A mi, sólo una cosa me atormenta, que en el momento en que mi padre muera nadie diga que ha dejado de sufrir, sólo que ha dejado de vivir. Todos tenemos derecho a una vida y a una muerte dignas. Y por eso hemos y seguimos luchando, porque la lucha continua, porque la vida también.

N'hi ha molts que lluiten un dia, i són bons.

N'hi haurà d'altres que lluiten un any, i són millors.

N'hi ha que lluiten molts anys, i són molt bons.

Però n'hi ha que lluiten tota la vida, aquests, són els imprescindibles.

(Hay muchos que luchan un día, y son buenos.

Hay otros que luchan un año, y son mejores.

Hay otros que luchan muchos años, y son muy buenos.

Pero hay otros que luchan toda la vida, estos, son los imprescindibles.)

traducción de un fragmento de la canción 'El Cant dels Patriotes' de Tradivàrius.